

blemente á aquel hombre. Encontraba, sin buscarla, la palabra, la mentira que podía salvar la situación y trocar los papeles.

—¡El acusado confesará!

Clara no podía continuar la lucha después de esta frase, y él triunfaba.

—¿Afirmas que confesará?—dijo ella.—Pues bien, esperaré á que confiese.

Y grave, resuelta, siempre con su frialdad amenazadora, se retiró, dejando á Mortal cara á cara con este pensamiento que en forma de problema asaltaba su cerebro:

—Es preciso que confiese.

IX.

Un hombre fuerte.

Clara permaneció en su cuarto sola, absorta y pensativa, en tanto que Daniel, febril y nervioso en extremo, pasaba revista á los más locos proyectos para llegar á este difícil resultado: ahogar las sospechas de Clara, y con las sospechas, el peligro.

Estaba doblemente turbado é inquieto, porque

no había mentido al recordar á Clara el amor que aun sentía por ella. Demasiado orgulloso para hablar claramente de semejante sentimiento á una mujer que le odiaba, había mezclado sus palabras de afecto con una especie de amarga queja; pero era lo cierto que no sólo se sentía aterrorizado por el súbito ataque del enemigo, sino doblemente herido y triste por encontrar tan temible é implacable adversario en la única mujer á quien había amado.

Era indudable que se había calmado su pasión de los primeros días, y que su loco orgullo le había llevado á oponer tan sólo astuta melancolía á los desdenes de Clara; pero aun conservaba en el corazón bastante despecho y bastante deseo para que el odio de Clara le hiriese cruelmente.

Convencido, pues, de que era preciso vencer á Clara por medio del engaño, pasó la noche siguiente en el casino jugando fuerte, pero poco atento á los azares del juego, y combinando en su cerebro una martingala más importante para él que las del tapete verde.

No volvió á su casa hasta por la mañana, se echó en un diván, durmió dos horas y se levantó ágil y casi alegre.

Llamó á su ayuda de cámara y se hizo afeitar, conservando tan sólo el bigote.

Luego se miró al espejo.

No era el mismo hombre. Su fisonomía, antes dura y casi brutal, había tomado un aspecto de finura y de astucia. Inclino hacia atrás la cabeza, la volvió hacia los lados, y después de dar un paso atrás con gesto cómico, se sonrió á sí mismo con indulgencia.

Se vistió y se fué á caballo al bosque.

Los amigos con quienes se cruzó no le reconocieron.

—Vamos—se dijo—esto marcha perfectamente; de seguro que ese pobre hombre no me reconocerá ahora.

El *pobre hombre* era Rambert.

Había combinado en su cabeza todo un plan de campaña, un proyecto singular, más que improbable, imposible, y estaba resuelto á ponerlo en práctica á toda costa. Era preciso convencer y desarmar á Clara, y para ello no encontraba más medio que probarla que el verdadero asesino de Laverdac era el hombre que se hallaba en poder de la justicia. Esta era su única preocupación.

El problema era difícil. En tanto que la instrucción del proceso acosaba á Noel en sus últimas trincheras, en tanto que los indicios, las declaraciones y las pruebas se acumulaban en de-

redor del miserable, encerrado en aquel inestricable círculo de testigos y de hechos probantes, Clara podía presentarse de improviso en medio de aquellas sombras y llevar la luz diciendo á los jueces: «¡No, no, no es ese el culpable!» En cuyo caso, y vista la declaración de Clara, no podrían los tribunales menos de preguntarse:

—¿Quién es, pues, el asesino?

Era, pues, indispensable detener el impulso y la voluntad de Clara. Acaso pasase alguna vez, como fugaz relámpago, por la imaginación de Mortal la idea de acabar con la misma Clara; pero si así fué, la rechazó bien pronto. La amaba aún, la deseaba, y además no era aficionado á cometer crímenes inútiles. No tenía el instinto carnicero de los asesinos feroces, de los hambrientos de víctimas.

Quería vivir dichoso con la mujer amada.

Laverdac se levantaba ante él con la terrible arma recogida en su pasado; era un obstáculo y lo había suprimido. Pero no quería volver á empezar. Había triunfado, y sólo deseaba gozar de su triunfo.

El proyecto que para ello había concebido era formidablemente audaz. Se proponía obtener del mismo Rambert la prueba de la culpabilidad de aquel desgraciado. ¿Cómo, por qué medio había

de llegar á este resultado hiperbólico de absurda realización?

Daniel Mortal no lo sabía, pero tampoco dudaba que había de conseguirlo. Quiso ver á Rambert. Conocía á *todo París*, y por sus relaciones tenía franca entrada en todos los círculos sociales. Como agiotista, casi periodista y político marrón, había encontrado varias veces aquí y allá á Mr. Dubois, á quien se había confiado la instrucción del proceso del *Misterio de Beaujon*, como le llamaban los periódicos.

—Por aquí es por donde debo comenzar el ataque—se dijo Mortal.

Se fué á ver á Mr. Dubois y le dijo que tenía grandísima curiosidad de ver al asesino de Laverdac; que sabía que era una curiosidad extravagante; pero que como Laverdac había sido amigo suyo y le parecía que había en el crimen algo de inexplicable y de dramáticamente tenebroso, se sentía ávido de ver, de saber por sí mismo.

Mr. Dubois, á quien halagaba la amistad de Mortal, porque con sus relaciones en el periodismo podía fomentar los *bombos* de sus elucubraciones poéticas, no opuso obstáculo alguno, y encontró, por el contrario, muy natural el deseo de Daniel.

—Mañana veréis á Noel Rambert—dijo á Mortal al terminar su conversación.—No tiene nada de maravilloso por cierto. Es un taciturno, de aspecto enfermizo, pocas palabras, cabeza baja y mirar falso. Un gran criminal, pero un criminal vulgar.

—Poco me importa su actitud. Hasta mañana—contestó Mortal.

Al día siguiente fué cuando asistió Daniel al interrogatorio de Rambert, presentando al pobre hombre aquel rostro afeitado, transformado, que Noel no reconoció.

—He ganado la primera partida—se dijo Mortal, casi gozoso al salir de la sala de audiencia.—Podré al menos hablar á ese hombre, confesarle, sin que sospeche siquiera, que somos antiguos conocidos.

Aquel mismo día abordó á Clara, y con aire casi victorioso ya,

—Y bien, querida—le dijo;—he visto á ese infortunado, á ese cordero sin mancha, á quien se acusa tan injustamente, según tú, de asesinato.

—¡Ah!—dijo ella, que pareció no notar el cambio que Mortal había introducido en su fisonomía.

—¡Cómo!—continuó Mortal.—¿Ni siquiera me preguntas qué juicio he formado acerca de él?

Ella miró á Daniel con frialdad.

—Veamos qué es lo que piensas—le dijo.

—Pienso sencillamente que es un criminal vulgar, un pobre diablo que, introducido por azar en una casa rica, ha creído ver la ocasión de enriquecerse de repente.

—¿De veras?

—Repito que estoy cierto de ello.

—Está bien. Tanto mejor. Pero te agradeceré que no vuelvas á hablarme de ese hombre, sobre todo si es culpable.

—¿Le compadesces? ¡Vaya una piedad mal empleada!

—¿Crees que la piedad esté mal empleada alguna vez?

—No. Pero por lo mismo que la piedad es un género raro y precioso, es preciso no malgastarlo.

—No tengas cuidado—dijo Clara con expresión de dolor interior;—ya procuro economizarla.

Calló un momento y miró á Mortal lentamente con expresión no exenta de odio. Luego continuó:

—Pero es lo cierto que todas esas imágenes sangrientas me turban y me inquietan. Por eso te ruego que no vuelvas á evocarlas en mi presencia.

—Un deseo tuyo es una orden; pero, á la ver-

dad, no me disgustaba darte noticias de ese hombre, á quien tú hubieras coronado de rosas, en tanto que yo.....

—Dejemos ese asunto—dijo Clara.

—Sea; pero créeme, querida: la justicia se orienta bien en la generalidad de los casos. El melodrama de *La urraca ladrona* es falso é inmoral. Se ha calumniado en él á las urracas, y no son ellas las que roban ni las que asesinan.

Luego cambió de tono y continuó:

—¿Y no me dices nada de la transformación de mi rostro? He recordado que te disgustaba mi lengua y espesa barba, y así como en el Turquestan, ó no sé dónde, se arrancan los cabellos y los ofrecen en holocausto á ciertos árboles venerados, yo he sacrificado en tu honor mi barba para agradarte, para hacer las paces contigo, porque, francamente, deseo firmarlas.....

Se adelantó, la tendió la mano, y acabó:

—En tu bella mano.

Había cogido entre sus nervudos dedos la mano de Clara; pero ésta la retiró con un movimiento rápido de desliz, acompañado de un gesto de repulsión y terror, y Mortal se encontró en esa posición siempre ridícula del hombre que suplica y á quien se rechaza.

—A fe mía— dijo irónicamente Mortal — que cualquiera juraría que aun te estoy haciendo la corte. Haz lo que quieras. Si te he dado noticias de ese asesino, ha sido para hacerte ver una vez más todo lo que tenían de ultrajante y absurdo tus incalificables sospechas. Ahora puedes pensar todo cuanto te se ocurra. Adiós.

Saludó y se alejó con aire impertinente.

Clara no sabía qué pensar. Se encontraba aturrida por tantos acontecimientos y tantas luchas. Perdía lentamente, de hora en hora, su convicción primera, aquella persuasión íntima é instintiva de la culpabilidad de Mortal.

Daniel era, por lo tanto, el amo de la situación. Ella le odiaba, le despreciaba, sospechaba aún de él, pero no tenía ya valor para arrojarle á la cara su odio, ni sus sospechas, ni su desprecio.

Después de todo, Mortal podía haber dicho la verdad, y Rambert podía haber sido el asesino de Laverdac.

La pobre mujer bajaba la cabeza y se resignaba una vez más. Mortal encontraba aún resistencia en ella; pero era ya una resistencia pasiva y no peligrosa como la de antes.

Tenía en su favor el más poderoso de los auxiliares: *el tiempo*.

Aquel artista del mal, aquel empresario del crimen, estaba satisfecho y orgulloso de sí mismo y levantaba la cabeza con la soberbia que le producía la seguridad de su triunfo y el desprecio de la debilidad humana.

—¡Aun me quedan cerebro y músculos bastantes para zurrar á los hombres!— se decía.—¡El brazo está fuerte y la cabeza sólida! ¡Clara reducida al silencio, y Noel á buen recaudo! ¡Por vida de Dios que el doble golpe es inmejorable! ¡Y todo debido á mi sangre fría y á mi golpe de vista!

Y añadía algunas veces:

—Ese hombre pronunciará además las palabras que han de absolverme ante Clara y de ponerme al abrigo del despertar de su cólera. Vaya si las dirá. Es preciso que las diga y que grite: «Yo, yo soy el que ha asesinado á Laverdac.» Y lo dirá, lo dirá, porque yo lo quiero.

La fuerza de voluntad y la creencia de poderlo todo se habían implantado en aquel ser perdido como prende un roble en terreno á propósito, y esta virtud varonil se hacía en Mortal la esclava de las más viles pasiones. Daniel se servía de ella como un infame puede servirse para matar de una herramienta de trabajo. De aquella soberana fuerza hacía él un instrumento bochornoso.

Son menos de temer los malvados por sus vicios que por las virtudes de que están dotados. La cobardía de los hombres es á veces la única moral que les impide ejecutar lo malo, y en cambio en el criminal sólo hay que temer una cosa: su valor.

X.

El preso.

Los viejos edificios de la Prefectura han cambiado de fisonomía. Ha desaparecido aquel rincón de París siniestro y negro, aquel barrio sombrío de la calle de Jerusalén.

La blanca piedra ha reemplazado á las construcciones negras y sucias. Parece que aquellas calles, centro de la policía, han experimentado la necesidad de lavarse de todas las manchas que los siglos habían aglomerado en ellas. Pero hágase lo que se quiera, aquel barrio huele á crimen y conserva como una mancha su viejo renombre y su fisonomía característica.

Las casas desaparecen, pero el olor queda. Cambia el decorado, pero en aquel negro medio se agitan los mismos personajes. Las chirriadoras

plumas continúan corriendo sobre el papel sellado detrás de las enrejadas ventanas. Se ve en los cuartos bajos un verdadero diluvio de empleados, encorvados, como partidos en dos, encima de sus pupitres, que escriben no se sabe qué para no se sabe quién. Las callejuelas que reúnen los dos muelles ven desfilar, como otras tantas larvas inquietantes, rostros duros y sospechosos, fisonomías de delatores ó de agentes varios de los tribunales.

Cualquiera se perdería en aquel dédalo de corredores y de caminitos vermiculares, por los que no podrían pasar dos hombres de frente. Una callejuela que conduce desde el depósito á la escalerilla del departamento de la policía correccional, lleva á una pequeña puerta, ó por mejor decir, á una abertura practicada en la muralla que da al patio llamado de la Saine-Chapelle. Allí, á dos pasos del monumento gótico, en un rincón de aquel patio, se encuentra otra escalerilla que conduce á una especie de portería, de aspecto lúgubre y cómico á la vez, sobre la que se ve pintada en letras negras esta inscripción: *Petit Parquet* (1).

(1) Pequeño estrado.